

tambien nos hemos abstenido de decir que el cristianismo destruye el encanto de las fábulas mitológicas; por el contrario no hemos hecho mas que probar que todo lo que hay de hermoso en la mitología como las alegorías morales, etc., puede tambien ser empleado por un verdadero poeta cristiano, y que la verdadera religion no ha quitado á las musas mas que las ficciones poco interesantes ó fastidiosas del paganismo. ¿Tanto debe echarse de menos la pérdida de las alegorías físicas? ¿Qué importa que Júpiter sea el éter, ó que Juno sea el aire? Mas puesto que un crítico (Mr. Fontane) cuyos juicios son leyes, ha creído tener que combatir tambien nuestra opinion por lo tocante al uso de la mitología, permítasenos recordar el capítulo que constituye el objeto de la discusion.

Despues de haber demostrado que los antiguos apenas conocieron la poesía descriptiva en el sentido que damos á esta palabra, despues de haber hecho ver que ni sus poetas, ni sus filósofos, ni sus naturalistas, ni sus historiadores han hecho descripciones de la naturaleza, dijimos:

No puede sospecharse que hombres tan sensibles como eran los antiguos careciesen de ojos para ver la naturaleza ó de talento para pintarla. Preciso es, pues, suponer que influyó alguna cosa muy poderosa. Esta causa no pudo ser otra que la mitología, que poblando el universo de elegantes fantasmas, quitaba á la creacion de su gravedad, su grandeza, su melancolía y su soledad. Fue necesario que el cristianismo viniera á espulsar todo ese pueblo de faunos, de sátiros, y de ninfas para devolver á las grutas su silencio y á las selvas sus químicas ilusiones. Los desiertos han tomado con el culto cristiano un carácter mas triste, mas vago y mas sublime, la bóveda de los bosques se ha espaciado, los rios han roto sus pequeñas urnas para no derramar mas que las aguas del abismo desde la cima de las montañas. El verdadero Dios, al resplandecer patentemente en sus obras, ha dado su inmensidad á la naturaleza.

Pueden los silvanos y las náyades lisonjear agradablemente la imaginacion, con tal que no sean incesantemente reproducidos. No queremos.

Expulsar los Tritones del imperio del agua.
quitar á Pan su flauta, ni á Diana el carcaj.

¿Mas qué es lo que todas esas ficciones dejan en el fondo del alma? ¿qué bienes resultan para el corazón? ¿qué frutos para el pensamiento? ¡Ah! el poeta cristiano está mucho mas favorecido en la soledad donde Dios se pasea con él! Libres del tropel de ridiculos dioses que poblaban su recinto, los bosques se ven llenos de una inmensa divinidad. El don profético y el de la sabiduría, el misterio y la religion parecen residir eternamente en sus calladas sombras. Penetrad en los bosques americanos tan antiguos como el mundo, etc., etc.

Sentado el principio en esta forma, nos parece inatacable por lo menos en cuanto al fondo, si bien es cierto que puede disputarse acerca de algunos detalles. Tal vez se nos preguntará si no encontramos nada de hermoso en las alegorías antiguas. Hemos contestado ya á esta pregunta en el capítulo en que distinguimos dos clases de alegorías, la moral y la física. Mr. de Fontanes nos ha hecho la objecion de que los antiguos conocian tambien esa divinidad solitaria y terrible que habita en los bosques. Ya habíamos manifestado nosotros no ignorarlo, cuando dijimos: «En cuanto á esos dioses desconocidos que los antiguos suponian residir en los bosques desiertos, y en sitios de profunda soledad, es indudable que producian un buen efecto; pero no pertenecian al sistema mitológico: en lo relativo á este particular el espíritu humano retrocedia á la religion natural. Lo que el viajero adoraba temblando al pasar por semejantes soledades era una cosa ignorada, una cosa cuyo nombre

no sabia, y que clasificaba con la denominacion de «divinidad del sitio. Algunas veces le daban el nombre de Pan, y sabido es que este era el dictado que equivale á de Dios universal. Las grandes emociones que inspira la naturaleza salvaje, no han dejado de existir, y los bosques conservan todavia para nosotros su formidable divinidad.»

El excelente crítico que acabamos de citar sostiene tambien que ha habido pueblos idólatras que conocieron la poesía descriptiva. Así es en efecto, y nosotros habíamos aducido ya esa misma circunstancia en favor de la nuestra, puesto que las naciones que no conocieron la mitología griega, son las únicas que tuvieron alguna idea de esa hermosa y sencilla naturaleza disfrazada por el sistema mitológico.

Dicese que los modernos han abusado de la poesía descriptiva. ¿Hemos dicho por ventura lo contrario? Véase lo que terminantemente dijimos sobre el particular. «Se nos objetará que los antiguos tenían razon en considerar la poesía descriptiva como parte necesaria; pero no como objeto principal del cuadro: así lo pensamos tambien nosotros: grande es el abuso que en la actualidad se hace de la poesía descriptiva; pero el abuso no es la poesía, ni por él deja de ser menos cierto que tal cual existe es un nuevo recurso en nuestras manos, y que ha dilatado el campo de las imágenes poéticas sin privarnos por eso de la pintura de las costumbres y las pasiones en la misma forma que la usaron los antiguos.»

Finalmente, Mr. Michaud piensa que el género de poesía descriptiva tal como hoy se halla establecido, no principió á ser un género distinto hasta el siglo próximo pasado. Pero, ¿es ese el fondo de la cuestion? ¿Probaria esa circunstancia que la poesía descriptiva no fuese debida á la religion cristiana? Por otra parte, ¿será cierto que no se remonta mas que á ese siglo? En nuestro capítulo intitulado: *Parte histórica de la poesía descriptiva entre los modernos*, hemos seguido sus progresos; la hemos visto principiar en los escritos de los Padres del desierto; de allí comunicarse hasta las obras históricas, pasar á los romanceros y poetas del Bajo Imperio, mezclarse de allí á poco con la poesía de los árabes y llegar finalmente bajo el pincel del Ariosto y del Taso á un género de perfeccion demasiado distante de la verdad. Los grandes escritores franceses del siglo de Luis XIV desecharon esa poesía descriptiva italiana que no hablaba mas que de rosas, de cristalinas fuentes y de selvas frondosas. Los ingleses al adoptarla la despojaron de su afectacion; pero tambien la hicieron caer en otro extremo recargándola de detalles. Pasó por último á Francia en el siglo que acaba de transcurrir, y se perfeccionó bajo la musa de los SS. Delille, Sain-Lambert y Fontanes, adquiriendo en los prosistas Buffon y Bernardino de Saint-Pierre una belleza que hasta entonces nunca habia tenido.

No juzgaremos de ella por nuestra propia opinion, pues vale muy poco, y ni siquiera podemos contar para mañana como Chaulie

Con algo de destreza y mucho de esperanza:

Pero apellaremos al mismo Mr. Michaud. ¿Cuándo hubiera llenado sus poesías de tan agradables descripciones de la naturaleza, si el cristianismo no se hubiera tomado la tarea de limpiar los bosques de antiguas driadas y eternos céfiros? ¿No habrá tal vez sido seducido el autor del poema de la Primavera por su propio triunfo? En sus cartas sobre el sentimiento de la compasion ha hecho un elegante uso de la Fábula, y nadie ignora que Pígalion adoró su estatua. «Psiquis queria ver al Amor, dice Mr. Michaud, aproximó la fatal lámpara y el Amor huyó para siempre. Psiquis en lengua griega significa alma. La antigüedad trató de demostrar por medio de esta alegoría

que el alma ve desvanecer sus mas dulces afectos á medida que trata de penetrar el objeto.» Ingeniosa es la explicacion; pero ¿será cierto que la antigüedad la entendió de ese modo? Ya hemos tratado de demostrar que el encanto del misterio, en los sentimientos de la vida, es uno de los beneficios que debemos á las delicadezas de nuestra religion. Si la antigüedad idólatra inventó la fábula de Psiquis, nos parece que esa interpretacion no se debe sino á un cristiano.

Aun hay mas: al desterrar el cristianismo las fábulas del campo de la naturaleza, no solo ha devuelto su grandiosidad á los desiertos, sino que además ha introducido para el poeta otra especie de mitología llena de atractivos en la personificacion de las plantas. Cuando el heliotropo era siempre Clitias, y el moral siempre Tisbe, etc., la imaginacion del poeta necesariamente debia hallarse limitada, pues no habria podido, sin cometer una impiedad, animar la naturaleza con otras ficciones que las consagradas por la pública credulidad. Pero la musa moderna trasforma á su placer todas las plantas en ninfas, sin perjuicio de los ángeles y de los espíritus celestes que puede suponer en la cima de los montes, á lo largo de los rios y en el seno de los bosques. Cierta es que puede todavia abusarse mucho de la personificacion, y que Mr. Michaud se burla justamente del poeta Darwin que en sus *Amores de las plantas* representa la Genista (reina) paseándose tranquilamente á la sombra de los bosquecillos de mirto. Mas si el autor inglés es uno de esos poetas de que habla Oracio, que están condenados á hacer versos por haber deshonrado (MIXERIT) las cenizas de sus padres, nada se prueba con eso por lo tocante al fondo de la cuestion. Si otro poeta con mas gusto y buen criterio se propone describir los *Amores de las plantas*, es seguro que no le faltarán agradables cuartos con que embellecer su narracion. Cuando, en los capítulos que Mr. Michaud ataca, hemos dicho:

«Ved todas las flores de este valle en profunda calma al despuntar la aurora; inmóviles sobre su tallo doblénganse en mil actitudes diversas, y al parecer miran á todos los puntos del horizonte. En ese mismo instante en que suponéis que todo permanece tranquilo, se está consumando un gran misterio; la naturaleza está concibiendo y esas plantas son otras tantas jóvenes madres que se inclinan hácia la region misteriosa de donde les debe venir la fecundidad. Las sílfides tienen simpatías menos aéreas, y comunicaciones menos invisibles. El narciso entrega á los arroyos su virginal raza; la violeta confia á los céfiros su modesta posteridad; una abeja va cogiendo miel de flor en flor y sin saberlo fecunda toda una pradera; una mariposa lleva un pueblo entero bajo sus alas; un mundo desciende en una gota de rocío. Sin embargo, no todos los amores de las plantas son igualmente tranquilos; los hay tambien borrascosos, como los de los hombres. Preciso es que las tempestades se encarguen de maridar el cedro del Líbano con el del Sinai, allá en las alturas inaccesibles, en tanto que al pié del mismo monte basta un manso airecillo para establecer un comercio de voluptuosidad entre las flores. ¿No es así como el soplo de las pasiones agita á los reyes de la tierra en sus tronos, en tanto que los pastores viven dichosos á sus piés?»

Imperfecto es, sin duda, ese cuadro; mas por ese débil bosquejo puede inferirse el interés que un hábil poeta habria podido sacar del asunto. Cuando el hombre salvaje, vagando por los bosques, satisfizo las primeras necesidades de la vida, sintió nacer otra en su corazón, y fue la de un poder sobrenatural que apoyara su debilidad. La caída de un riachuelo, el murmullo del viento solitario, todos los rumores que produce la soledad, todos los movimientos que animan los desiertos, le parecieron tener conexión con esa causa oculta. La casualidad enlazó esos efectos loca-

les á ciertas circunstancias prósperas ó adversas de sus cacerías. Un color particular, un objeto singular ó nuevo, le afectó tal vez al mismo tiempo, y de aquí proviniéron el *manitu* del habitante del Canadá y el *fetiché* del negro, primera expresion de todas las mitologías.

Una vez desarrollado ese elemento de falsas creencias, se abrió la carrera de todas las supersticiones humanas. Los afectos del corazón se trocaron sucesivamente en divinidades tanto mas peligrosas, cuanto mas amables habian sido. El salvaje que habia levantado el monte de la tumba á su amigo, y la madre que habia devuelto su hijo á la tierra, vinieron cada uno al caer de las hojas á derramar, el primero, lágrimas, y la segunda el humor de sus pechos sobre el césped sagrado: los dos creyeron que aquellos ausentes tan echados de menos, constantemente vivos en su memoria no podian haber dejado de existir. La amistad derramando lágrimas sobre un fúnebre monumento, fue sin duda la que adivinó el dogma de la inmortalidad del alma y proclamó la religion de las tumbas.

El hombre al salir de las selvas se asoció á sus semejantes, y no tardó el agradecimiento ó el terror de los pueblos en colocar los legisladores, los héroes y los reyes en la categoría de las divinidades. Al mismo tiempo algunas inteligencias favorecidas del cielo, un Orfeo; un Homero, aumentaron los habitantes del Olimpo: su imaginacion creadora transformó los accidentes de la naturaleza en espíritus celestiales, los nuevos dioses siguieron reinando por mucho tiempo en la encantada fantasía de los hombres. Anaxágoras Demócrito y Epicuro intentaron levantar estandartes contra la religion de su país. Pero (¡triste encadenamiento de errores humanos!) Júpiter, que sin duda alguna era una abominable divinidad ¿valia menos por ventura armado del rayo, y siendo vengador del crimen, que unos átomos puestos en movimiento, y que la materia eterna?

A la religion cristiana estaba únicamente reservado el derribar los altares de los falsos dioses sin sumergir los pueblos en el ateísmo, y sin destruir los encantos de la naturaleza. Aunque fuera cierto que el cristianismo no pueda suministrar á los poetas lo maravilloso con tanta profusion como la mitología, todavia á pesar de eso seria cierto (y Mr. Michaud no podrá menos de confesarlo), que ha hecho nacer una cierta poesía del alma, ó mas bien diríamos tal vez una imaginacion del corazón, de la cual no se encuentra vestigio alguno en el sistema religioso del paganismo. Las interesantes bellezas que emanan de ese origen recompensan ampliamente todas las ingeniosas fábulas de la mitología griega. En los cuadros del paganismo todo es máquina y resorte, todo es exterior, todo propende únicamente á cautivar la vista; en las pinturas de la religion cristiana, todo es idea y pensamiento, todo es interior, todo habla al espíritu. ¡Qué encanto de meditacion! ¡Qué profundidad de miras! Mas atractivos hay en una de esas lágrimas divinas que el cristianismo ha hecho derramar, que en todos los risueños errores de la mitología. Con una *Virgen de los Dolores*, con una *Madre de misericordia*, con un santo oscuro, patron del ciego, del huérfano, ó del desvalido, puede un autor escribir una página que conmueva el corazón mas que con todos los supuestos dioses del Olimpo. Eso sí que merece llamarse maravilloso. Mas si aun se desea elevarlo á un grado mas sublime, fíjese la atónita atencion en la vida y en los dolores de Cristo, y téngase bien presente que uno de sus dictados es el de *Hijo del hombre*. Nos atrevemos á pronosticarle: dia vendrá en que causará admiracion el haber podido desconocer las admirables bellezas que existen hasta en los nombres, hasta en las mismas expresiones del cristianismo, y entonces costará trabajo creer que ha habido quien haya sido capaz de burlarse de esa celestial religion del corazón y de la desgracia.

SOBRE LA HISTORIA DE LA VIDA DE JESUCRISTO.

DEL P. DE LIGNY DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

Junio 1803.

La historia de la vida de Jesucristo es una de las últimas obras que debemos á esa famosa sociedad, cuyos miembros han sido casi todos literatos distinguidos. El P. de Ligny, que nació en Amiens el 1710 sobrevivió á la destrucción de su orden, prolongando hasta el 1788 una carrera principiada en tiempo de las desgracias de Luis XIV, y concluida en la época de los desastres de Luis XVI. Si en alguna parte os encontrais con un eclesiástico anciano, lleno de ciencia, de imaginación y de amenidad, hablando como suele hablarse en la sociedad de buen tono, y distinguiéndose por los modales de una esmerada educación, desde luego creereis que aquel anciano sacerdote es un jesuita. El abate L'enfant había también pertenecido á esa orden que ha dado tantos mártires á la Iglesia. Ese abate fue amigo del P. de Ligny y le determinó á publicar su *Historia de la vida de Jesucristo*, que no es mas que un comentario del Evangelio, y en nuestro concepto, esto es lo que constituye su mérito.

El P. de Ligny cita el texto del Nuevo Testamento y parafrasea cada versículo de dos modos, el uno explicando moral é históricamente lo que se acaba de leer, y el otro contestando á las objeciones que contra el pasaje citado hayan podido hacerse. El primero de estos dos comentarios está embebido en la página con el texto, como en la Biblia del P. de Carrières, y el otro figura como nota al pié de la página. De esta manera el autor presentando en ordenada serie los diversos capítulos del Evangelio, haciendo notar sus relaciones, y amortizando sus aparentes contradicciones, desarrolla toda la vida del Salvador del Mundo.

La obra del P. de Ligny había llegado á hacerse rara, y la Sociedad Tipográfica ha hecho un verdadero servicio á la religion reimprimiendo un libro tan útil. Muchas son las *Vidas* de Jesucristo que posee la literatura francesa; mas ninguna reúne como la que nos ocupa en este instante las dos ventajas de ser á un mismo tiempo explicación del Evangelio y refutación de los sofismas que corren en la actualidad. La *Vida* de Jesucristo por Saint-Real, carece de unción y de sencillez: mas fácil es imitar á Salustio y al cardenal de Retz, que llegar al tono del Evangelio. Su estilo, algo anticuado, contribuye tal vez á darle nuevo atractivo, la antigua lengua francesa, particularmente la que se hablaba en tiempo de Luis XIII, era muy á propósito para expresar la energía y la sencillez de la Sagrada Escritura. Mucho sería de desear, que al presente se hiciese una buena traducción de ella: Sacy llegó algo tarde. Las dos mas hermosas traducciones modernas de la Biblia, son la española y la inglesa. Esta última, que no pocas veces tiene la misma energía que el hebreo, es del reinado de Jacobo I: la lengua en que está escrita, ha llegado á ser para los tres reinos una especie de lengua sagrada, como el texto samaritano para los judíos, y con ella parece haberse aumentado la veneración que los ingleses profesan á la Escritura, resaltando con la antigüedad del idioma la antigüedad del libro.

Por lo demás, es preciso confesar, que todas las historias de Jesucristo, que como la del P. de Ligny

no sean un simple comentario del Nuevo Testamento, son generalmente hablando, obras malas y perniciosas. Ese modo de desfigurar el Evangelio, se ha aprendido de los protestantes, y hemos hecho ya observar, que muchos cayeron en el socinianismo. Jesucristo era mas que hombre: su vida no debe escribirse como la de un simple legislador. En vano procurareis contar sus acciones del modo mas interesante; nunca pintareis mas que su *humanidad*: su naturaleza divina se escapará de vuestro pincel. Las virtudes del hombre, tienen, si así podemos decirlo, algo de *corporeo* de que el escritor puede dar cuenta; pero en las virtudes de Jesucristo, hay una *luz intelectual*, hay un *espiritualismo* que la materialidad de nuestras expresiones de ninguna manera acertaría á explicar. Ese *espiritualismo* es á manera de la verdad de que habla Pascal, verdad tan fina, y tan delicada, que nuestros groseros instrumentos no pueden tocar sin que su punta se embote. La divinidad de Cristo no es por lo tanto, ni puede ser tan visible en ninguna parte como en el Evangelio, donde brilla entre los inefables sacramentos instituidos por el Salvador, y en medio de los milagros que hizo. Solo los apóstoles han podido espresarla, porque la descubrieron bajo la inspiración del Espíritu Santo. Habían sido testigos de las maravillas consumadas por el Hijo del Hombre; habían vivido con él, y en su palabra sagrada se conservaba alguna impresión de la divinidad del Maestro, así como las celestiales facciones de este, se dice que quedaron estampadas en el misterioso lienzo que sirvió para enjugar el sudor de su rostro.

Hasta bajo el simple aspecto del gusto y de la literatura, hay algun peligro en transformar de ese modo el Evangelio en una *Historia de Cristo*. Al dar á los hechos no sé qué colorido humano y puramente histórico; al invocar á cada paso una supuesta razón que con frecuencia no es tal vez mas que deplorable locura, y al no predicar mas que la moral enteramente despojada del dogma, vieron los protestantes perecer entre ellos la alta elocuencia; no pueden efectivamente los Tillotson, ni los Wilkins, ni los Goldsmith, ni los Blair, á pesar de su mérito, ser considerados como grandes oradores, particularmente si se les compara con los Basilio, Crisóstomos, Ambrosios, Bourdaloue y Masillon. Toda religion que se hace un deber de escluir el dogma y reprobando la pompa del culto, se condena á la aridez. No se presume que el corazón del hombre, privado del socorro de la imaginación, tenga en sí mismo recursos para sustentar un raudal de elocuencia. Toda sensación pasa al ser producida, si no queda en su derredor algo que la sostenga, imágenes que la renueven, espectáculos que la robustezcan, ó dogma, que arrebatándola á la region de los misterios, impida el desencanto. Jáctase el protestantismo de haber desterrado de la religion cristiana la tristeza; pero en el culto católico, Job y sus santas melancolías, la sombra de los claustros, las lágrimas del penitente sobre una roca, y la voz de un Bossuet junto á un fétetro, producirán mas hombres de talento que todas las máximas de una moral sin elocuencia, tan desnuda como el templo en que se predica.

Muy bien comprendió por consiguiente el P. Ligny su asunto, cuando en su vida de Jesucristo se

limitó á una simple concordancia del Evangelio. Pero además de esto, ¿quién podría lisonjarse de llegar á la belleza del Nuevo Testamento? Cualquiera autor que tuviera semejantes pretensiones, bien podría decirse que pronunciaba su propia sentencia. Cada evangelista tiene un carácter particular, menos San Marcos, cuyo evangelio no parece ser mas que el compendio de San Mateo. Sin embargo, San Marcos era discípulo de San Pedro, y muchos creen que escribió lo que le dictaba el Príncipe de los apóstoles. Es digno de notarse, que no se olvidó referir el pecado de su maestro. Sublime é interesante misterio nos parece la circunstancia de que Jesucristo hubiese elegido para jefe de su Iglesia, precisamente al único de sus discípulos que renegó. Ahí está encerrado todo el espíritu del cristianismo: San Pedro es el Adán de la Nueva Ley, es el padre culpable y arrepentido de los nuevos israelitas; su caída nos enseña también, que la religion cristiana es una religion de misericordia, y que Jesucristo estableció su ley entre los hombres sujetos al error, y mas bien para el arrepentimiento que para la inocencia.

El Evangelio de San Mateo es particularmente precioso por la moral. Este es el apóstol que nos transmitió mayor número de aquellos preceptos en forma de afectos que tan abundantemente salían de las entrañas de Jesucristo.

San Juan tiene alguna cosa todavía mas tierna y simpática. En su evangelio se echa de ver el *discípulo que Jesús amaba*, el discípulo que el maestro quiso ver durante su agonía en el huerto de los Olivos. Sublime distinción ciertamente, pues solo el amigo de nuestra alma es el digno de entrar en el misterio de nuestros dolores. Juan fue además el único de los apóstoles que acompañó al *Hijo del Hombre* hasta la cruz. Allí fue donde el Redentor le confió su madre, diciendo. *Mater, ecce filius tuus: discipulus, ecce mater tua.* ¡Expresión celestial, palabra inefable! El querido discípulo que había dormido sobre el seno del maestro, retuvo su imágen de un modo inextinguible; así es, que fue el primero que lo conoció despues de su resurrección. No pudo el corazón de Juan desconocer las facciones de su divino amigo; por eso se dice, que su fe provino de la caridad.

Por lo demás, todo el espíritu del evangelio de San Juan, está encerrado en esta máxima que incesantemente estuvo repitiendo durante la vejez: *Mis pequeños hijos, amaos los unos á los otros.* No pudiendo el apóstol, lleno ya de edad y de buenas acciones, pronunciar largos discursos al nuevo pueblo que había engendrado para Dios, se contentaba con repetir esas amorosas palabras.

San Gerónimo dice, que San Lucas era médico, profesion tan noble y tan hermosa en la antigüedad, y que su evangelio es la medicina del alma. El lenguaje de este apóstol es puro y elevado: conócese que era un hombre versado en las letras, y que comprendía los asuntos y los hombres de su tiempo. Da principio á su narración á la manera de los antiguos historiadores: diríase que es Herodoto el que habla:

«1. Como muchos han tratado de escribir la historia de las cosas que se han consumado entre nosotros.

»2. Segun la relacion que nos han hecho los que desde el principio las vieron con sus propios ojos, ó han sido ministros de la palabra.

»3. He creído, muy excelente Teófilo, que debía también despues de haberme exáctamente informado de todas aquellas cosas desde su principio, escribiros por orden toda la historia.»

Tal es hoy nuestra ignorancia que acaso habrá literatos que se admirarán al saber que San Lucas es un eminente escritor, cuyo evangelio respira el génio de la antigüedad griega y hebrea. ¿Qué podrá haber

mas magnífico que todo el pasaje que precede al nacimiento de Jesucristo?

«En tiempo de Herodes, rey de Judea, había un sacerdote llamado Zacarías, de la sangre de Abia: su mujer era también de la raza de Aaron y se llamaba Isabel.

»Ambos eran justos ante Dios.... No tenían hijos, porque Isabel era estéril, y los dos estaban avanzados en edad.»

Zacarías ofrece un sacrificio; un ángel se le *presenta de pié al lado del altar de los perfumes*. Predicele, que tendrá un hijo; que este hijo se llamará Juan; que será precursor del Mesías, y que *reunirá el corazón de los padres y de los hijos*. El mismo ángel va en seguida á visitar *una virgen que moraba en Israel*, y le dice: «Dios te salve, ¡oh llena de gracia! ¡El Señor es contigo!» María se va á los montes de la Judea: se encuentra con Isabel, y el niño que esta llevaba en su seno se estremece al oír la voz de la Virgen que debía dar la vida al Salvador del mundo. Isabel, poseída súbitamente del Espíritu Santo, levanta la voz y esclama: «mendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre.»

¿De dónde me viene la dicha de que la madre de mi Salvador venga á verme?»

«Pues cuando me habeis saludado, apenas vuestra voz á llegado á mi oído, cuando mi hijo se ha estremecido de júbilo en el seno.»

María entonces, llena de admiración entona el magnífico canto: «Engrandece, alma mia al Señor.»

A continuación sigue la historia del pesebre y de los pastores. *Una numerosa legion del ejército celestial* canta durante la noche: *¡Gloria á Dios en el cielo, y paz á los hombres en la tierra!* Expresiones dignas de los ángeles y que son como un compendio de la religion cristiana.

Creemos tener algun conocimiento de la antigüedad, y por consiguiente, nos atrevemos á asegurar, que se emplearía mucho tiempo en investigaciones entre los mejores autores de Grecia y de Roma antes de encontrar algun pasaje que sea tan sencillo y tan sublime á un mismo tiempo.

Cualquiera que lea el Evangelio con algo de reflexión, encontrará á cada paso cosas admirables en que no habrá acaso reparado á primera vista por su extremada sencillez. San Lucas, al dar la genealogía de Cristo, se remonta hasta el principio del mundo. Al llegar á las primeras generaciones, y prosiguiendo en nombrar las razas, dice: *Cainan que fue Henos, que fue Seth, que fue Adán, que fue de Dios*; la simple palabra que *fue de Dios*, puesta allí sin comentarios, sin reflexión para referir la creación, el origen, la naturaleza, los fines y el misterio del hombre, nos parece una grandiosa sublimidad.

Alabanzas merece el P. Ligny por haber comprendido que ninguna de esas cosas debía variarse, y que solo un gusto pervertido ó un cristianismo mal entendido podían no darse por satisfechos de semejantes rasgos. Su historia de Jesucristo ofrece una nueva demostración de esta verdad, que hemos sustentado ya en otras partes, á saber: que las bellas artes entre los modernos, deben al culto católico la mayor parte de sus triunfos. Sesenta grabados, copia de los mejores maestros de las escuelas italiana, francesa y flamenca, enriquecen esa hermosa obra que damos á conocer al público. Es cosa digna de llamar la atención, que al querer añadir algunos cuadros á una *Historia de la vida de Jesucristo*, se hayan encontrado reunidas como casualmente, todas las obras muestras de la pintura moderna.

Asimismo, es digna de alabanza la sociedad Tipográfica, que en tan breve espacio de tiempo ha producido, con tan exquisito gusto y discernimiento, obras tan generalmente útiles como los *Sermones escogidos de Bossuet y de Fenelon*, las cartas de *San Francisco*

de Sales. Estos y otros excelentes libros que han salido de las prensas de esa sociedad, nada dejan que desear por lo tocante á la ejecucion.

La obra del P. Ligni, enriquecida por el dibujo, debe recibir aun otro adorno no menos precioso; Mr. de Bonal se ha encargado de escribir el prólogo; el nombre de ese escritor, es garantía de talento y de ilustracion; é impone respeto y aprecio. ¿Quién mejor puede hablar de las leyes y de los preceptos de Jesucristo que el autor del *Divorcio*, de la *Legislacion primitiva* y de la *Teoria del poder politico y religioso*?

No lo dudemos: ese culto *insensato*, esa *locura* de la Cruz, cuya próxima caída nos anunciaba una soberbia sabiduría, va á renacer con nuevo vigor; la palma de la religion crece siempre en proporcion del llanto que derraman los cristianos, cual suele la yerba del campo reverdecer en un terreno recientemente humedecido. Insigne error era el creer, que el Evangelio estaba destruido, porque á los dichosos del mundo, no les placia defenderlo. El poder del cristianismo está en la cabaña del pobre, y su base es tan duradera como la miseria humana en que se apoya. «La Iglesia, dice Bousset en un pasaje que podría creerse producido por la ternura de Fenelon, sino presentase un tomo mas original y elevado, la Iglesia es hija del Omnipotente; pero su padre, que la sostiene en lo interior, la abandona con frecuencia á las persecuciones, y á imitacion de Jesucristo se ve en su agonía obligada á esclamar: *¡Dios mio, Dios mio!* ¿por qué me has abandonado? (1) Su esposo es el mas perfecto (2) de todos los hijos de los hombres; mas ella no ha oído su agradable voz ni gozado de su dulce y deseada presencia sino un solo instante (3). De repente se alejó de ella con rápido curso; y mas ligero que el cachorro de la cierva, trepó sobre las mas altas montañas (4). Semejante á una esposa desolada, la Iglesia no hace mas que llorar, y el gemido de la tórtola abandonada está siempre en su boca (5). Finalmente, es como extranjería y errante sobre el mundo á donde viene á recoger bajo sus alas los hijos de Dios; y el mundo que hace esfuerzos para arrebatárselos, no cesa de oponer contrariedades á su peregrinacion (6).»

Puede oponerle contrariedades á su peregrinacion; pero no impedir que la verifique. Si el autor de este artículo no hubiese estado anteriormente penetrado de esta verdad, acabaria de convencerse de ella por la escena que actualmente está pasando á su vista (7). ¿Cuál es ese poder extraordinario que hace pasar esos cien mil cristianos sobre las ruinas? ¿Por qué prodigio vuelve la cruz á aparecer triunfante en esa misma ciudad donde hace algun tiempo el horrible sarcasmo, la arrastraba por el ciego ó la sangre? ¿De dónde renace esa solemnidad proscripta? ¿Qué canto de misericordia ha reemplazado tan súbitamente el estrépito del cañon y al grito de dolor de los cristianos ametrallados? ¿Son los padres, los hermanos y los hi-

(1) Deus meus, Deus meus, ¿ut quid dereliquisti me?

(2) Speciosus forma me filius hominum. (Psal. XLIV, 5.)

(3) Amicus autem sponsi, qui stat, et audit eum, gaudet propter vocem sponsi. (Joan. III, 29.)

(4) Fuge, dilecte mihi, et assimilare capree hinnuloque cervorum super montes aromatum. (Cant. VIII, 14.)

(5) Vox turturis audita es in terra nostra. (Cant. II, 12.)

(6) Oracion fúnebre de M. Le-Tellier.

(7) M. de Chateaubriand escribió este pasaje en Lyon durante las solemnidades religiosas del Corpus.

jos de esas víctimas los que ruegan á Dios por los enemigos de la fe, los que se ven de rodillas por todas partes en las ventanas de esas casas medio derruidas, y sobre los montones de piedras donde aun humea la sangre de los mártires? Las colinas cargadas de monasterios no menos religiosas, por hallarse desiertas; esos dos rios, á donde con tanta frecuencia ha sido arrojada la ceniza de los confesores de Cristo; todos esos lugares consagrados por los primeros pasos del Cristianismo en las Galias; esa gruta de San Pothin, esas catacumbas de San Irineo no han visto mayores milagros que el que se está consumando en este momento. Si en 1793, en medio de los ametrallamientos de Lyon, cuando se derribaban los templos y se degollaban los sacerdotes; cuando por las calles paseaban un asno cargado con los ornamentos sacerdotales; cuando el verdugo, armado del hacha proclamaba aquella digna pompa de la razon, si un hombre entonces hubiera dicho: «Antes que pasen diez años, un príncipe de la Iglesia, un arzobispo de Lyon llevará públicamente el Santísimo Sacramento por esos mismos sitios, será acompañado de un numeroso clero, seguido de jóvenes vestidas de blanco, y de hombres de todas edades y profesiones que procederán y seguirán la pompa con flores y luces, y en ella figurarán para protegerla esos mismos soldados que ahora desencaminados por la seduccion, se manifiestan tan enemigos del culto;» si un hombre, volvemos á repetir, hubiese hablado de este modo, habria sido tenido por visionario, y sin embargo, no habria dicho toda la verdad. La vispera de esta solemnidad, mas de diez mil cristianos han querido recibir el sello de la fe. El digno prelado de esta gran municipalidad, ha aparecido, como San Pablo, en medio de una inmensa multitud que le pedia un sacramento tan precioso en los dias de calamidad, puesto que le inspiró fuerzas para confesar el Evangelio. Aun hay mas: la iglesia se ha reforzado con nuevos Atletas; se han ordenado nuevos diáconos, y se han consagrado nuevos sacerdotes. ¿Dónde estarán los beneficios que les esperan ó los honores que pueden indemnizarlos de los trabajos que exige su ministerio? Una mezquina pensión alimenticia, algun presbiterio medio arruinado, ó una oscura morada fruto de la caridad de los fieles, hé ahí todo lo que pueden prometerse, sin contar con las calumnias, delaciones y disgustos de toda especie. Digámoslo de una vez; si un hombre, que hoy todo lo puede, retirase la mano protectora, mañana el filosofismo haria caer la cabeza de los sacerdotes bajo la cuchilla de la tolerancia, y volveria á abrir para ellos los filantrópicos desiertos de la Guyana. ¡Ah! cuando esos hijos de Aaron se han prosternado con la frente en tierra, cuando el arzobispo en pie delante del altar, y extendiendo sus manos sobre los nuevos Levitas ha dicho: *Accipe jugum Domini*, la fuerza de estas palabras ha penetrado todos los corazones y llenado de lágrimas todos los ojos: ellos han aceptado ese *yugo del Señor*, y lo encontrarán tanto mas ligero (*onus ejus leve*, cuanto mas pesado traten de hacérselo los hombres. De manera, que á pesar de las predicciones de los oráculos del siglo, á despecho de los progresos del espíritu humano, la Iglesia crece y se perpetúa con arreglo al oráculo infalible del que la ha fundado, y por muy violentas que sean las tempestades que todavía tengan que estallar, la Iglesia triunfará de las *luces* de los sofistas, así como triunfó de las tinieblas de los bárbaros.

BEATTIE.

Janio 1861.

El genio escocés ha sostenido con honor en este último siglo una literatura que los Pope, los Addison, los Steele y los Rowe habian elevado á un alto grado de gloria. No tiene Inglaterra los historiadores que se aventajen á Hume, ó á Robertson, ni poetas mas fecundos ni amables que Thomson y Beattie. Este último que nunca ha llegado á bajar de su desierto, simple sacerdote y profesor de filosofía en una pequeña poblacion del Norte de Escocia, ha dado á conocer canciones de un género interesante, nuevo, arrancando á su lira tonos algo parecidos á los del harpa de un bardo. Su principal, ó por decirlo así su única obra, es un pequeño poema intitulado *Minstrel* ó los *Progresos del genio*. Beattie se propuso pintar los efectos de la inspiracion poética en un joven pastor montañés, y describir las emociones que acaso el autor personalmente habia sentido. La idea primitiva de ese poema es hermosa, y la mayor parte de los detalles muy agradables. Toda la composicion está escrita en estancias rimadas como las antiguas baladas escocesas, y esto contribuye á aumentar su originalidad, sin que por eso podamos menos decir, que en ella, así como en todos los autores extranjeros, se encuentra alguna pesadumbre y rasgos de no muy buen gusto. El doctor Beattie se complace en extenderse sobre pasajes comunes de la moral, y no siempre consigue darles algun aire de novedad. Generalmente los hombres de una imaginacion brillante y tierna, alcanzan poca profundidad en el pensamiento, y poco vigor en el raciocinio. Para dar á luz grandes ideas, es preciso tener pasiones volcánicas, ó una inspiracion de elevado temple. Hay una cierta calma de corazon, y una dulzura de imaginacion, que al parecer excluyen lo sublime.

Un poema como este no es susceptible de análisis. Por consiguiente, doy á continuacion el primer canto de esa amable composicion, suprimiendo de ella pasajes que la delicadeza francesa no podria soportar. Prefiero hacer resaltar las bellezas de un libro mas bien que enumerar curiosamente sus defectos; me es mas grato engrandecer al hombre ante el hombre, que rebajarlo á sus propios ojos. Por otra parte, mas se instruye por medio de la admiracion, que inspirando tedio, porque aquella revela la presencia del número, y este otro se limita á poner de relieve faltas que todo el mundo puede ver. En la armonia de los cielos, y no en algunas irregularidades de la naturaleza es donde mas visiblemente campea el poder de la divinidad.

EL MINSTREL,

Ó PROGRESOS DEL GENIO.

¡Ah! ¿Quién podrá decir lo difícil que es el subir á la cumbre donde brilla á lo lejos el templo de la gloria? ¿Quién podrá decir cuántos genios sublimes han sufrido el influjo de una estrella funesta? Rechazados por los ultrajes del orgullo y por los desdenes de la envidia, detenidos por la insuperable barrera de la indigencia, han andado algun tiempo lánguidamente vagando por los oscuros senderos de la vida; y por último han descendido á la tumba sin ser conocidos, sin ser llorados.

Y sin embargo, los habatimientos de una existencia sin gloria, no son igualmente abrumadores para todos los hombres. Aquel que jamás prestó oídos á la voz de la alabanza, no se quejará nunca del silencio del olvido. Hay algunos, que siendo indiferentes á los gritos de la ambicion, se estremecerian al oír la trompa de la fama. Dichoso se creía aquel, cuya sencilla vida está trazada en estos versos sin arte, con la salud, el bienestar y la paz que gozaba: sus deseos no se elevaban á mayor altura.

Si quisiese invocar á una sabia musa, mis artísticas consonancias dirian cuál fue allá en los tiempos antiguos el destino del *bardo*: lo pintaria animado de un corazon contento bajo sencillos vestidos: veríase su cabellera flotante, su barba encanecida, y de sus encorvadas espaldas penderia el harpa modesta, única compañera de su peregrinacion, respondiéndole á los suspiros de las brisas: el anciano, al marchar, iria cantando á media voz alguna alegre letrilla.

Pero un *podre minstrel* es el que inspira hoy mis versos. No os admireis, mortales orgullosos, de que yo le consagre mis acentos. Las musas desprecian la sonrisa insultante de la fortuna, y no doblan la rodilla ante el ídolo de las grandezas.

Si las montañas del Potosí brillan con el esplendor de los diamantes y del oro, si las montañas de Escocia se elevan frias y estériles, no hay que perder de vista, que en el seno de las primeras fermentan la codicia y la ambicion, en tanto que la paz domina en los valles de las segundas constantemente iluminadas por un cielo puro y apacible.

En los siglos góticos, segun cuentan antiguas baladas, existia un pastor, cuyos antepasados habian tal vez habitado en un país amado de las musas, en las grutas de Sicilia, ó en los valles de Arcadia; mas él habia nacido en las regiones del Norte, en una nacion famosa por sus cantos y por la hermosura de sus doncellas, nacion activa aunque modesta, inocente aunque libre, sufrida en el trabajo, firme en los peligros, inquebrantable en su fe, é invencible bajo las armas.

Ese pastor apacentaba su rebaño en las montañas de Escocia; nunca habia manejado la hoz, ni conducido el arado. Todo su tesoro era un corazon generoso. Bebia agua de la roca, la leche de las ovejas era su alimento, y sus sedosos vellones lo abrigaban del rigor del invierno, seguia los errantes pasos de su ganado á donde quiera que se le antojase marchar.

Del trabajo nace la salud, y de la salud la paz, origen de toda la alegría. No envidiaba á los reyes, ni siquiera pensaba en ellos: no turbaban su imaginacion los deseos que burla la fortuna, que destruye el bienestar. Un padre virtuoso y una púdica madre, bastaban á las necesidades de su corazon: solo á ellos amaba y los amaba desde la infancia.

En este pastor se cifraba toda la posteridad de aquella inocente pareja. Ningun oráculo lo habia anunciado al mundo, ningun prodigio habia brillado sobre su cuna. Fácilmente pueden adivinarse todas las circunstancias del nacimiento de Edwin, los arrebatos de alegría del padre, las oraciones de la madre por la felicidad, inteligencia y virtud del niño, y finalmente, todo un largo dia de verano consagrado al reposo y á la alegría por tan feliz circunstancia.

Edwin no era un niño vulgar. Con frecuencia sus miradas parecian sobrecargadas de graves pensamien-

tos, desdeñaba todos los juguetes de su edad, no siendo un pequeño caramillo groseramente hecho: era sensible, aunque adusto; y se mantenía silencioso en medio de la alegría, y se mostraba simultáneamente poseído de contento ó de tristeza, sin que nadie pudiera adivinar el motivo. Los vecinos temblaban y suspiraban al verlo, y sin embargo, lo bendecían;

á unos les parecía una inteligencia maravillosa, y á otros un insensato.
 ¿Mas para qué referir todos los juegos de su niñez? Nunca se mezclaba con la ruidosa turba de sus compañeros; gustábase sepultarse en los bosques ó andar errante por la cima solitaria de las montañas. Con frecuencia, las revueltas de algun arroyo desconoci-



EL SACERDOTE PROSCRIPTO.

do lo guiaba á bosques nunca pisados. Tan pronto descendía al fondo de precipicios en cuya cima se balanceaban pinos seculares, como trepaba á las cimas escarpadas desde donde el torrente se precipita saltando de roca en roca, y donde los rumores de las aguas, de los vientos y de los bosques forman un inmenso concierto que el eco aumenta y lleva hasta las nubes.

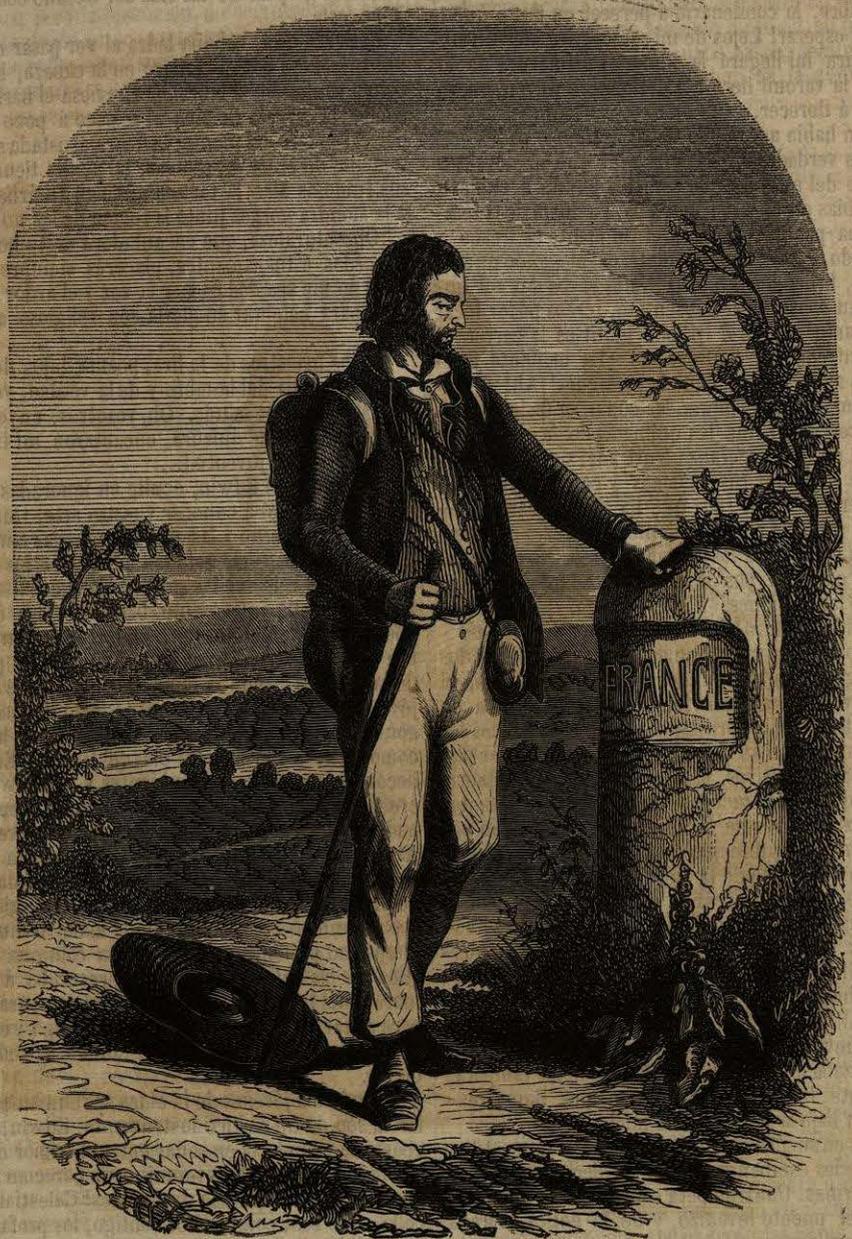
Quando el alba empieza á clarear el horizonte, Edwin, sentado en la cresta de una colina, contemplaba

á lo lejos la inmensidad azul, las nubes de púrpura, las pardas montañas, el lago que brilla pálidamente entre las nieblas vaporosas; y el largo valle extendido hácia el Occidente, donde la luz batallaba todavía por disipar las sombras.

Alguna vez durante las nieblas del otoño, Edwin escalaba el pico de los montes. ¡Oh espantoso placer! De pié en la extremidad de una roca, como marinero salvado del naufragio en una playa desierta, se complacía en ver desarrollarse los vapores en forma de

olas inmensas, dilatarse por los horizontes, formando á manera de un golfo ó acomodándose al contorno de los montes. Desde el fondo del abismo que el joven dominaba, subían á su oído al través de la espesa bruma, la voz de la pastora y el balido de los rebaños.
 Ese singular niño profesaba igual amor á las escenas agradables que á las terribles. Tanto le agradaban

las sombras y las tempestades, como el rayo de medio día cuando brilla sobre el Océano sereno. Esa inclinacion á la tristeza le hacia compadecer las desgracias de los hombres. Al escaparse un suspiro de su corazón, ó al bañar una lágrima de compasion sus mejillas, de ningun modo trataba de retener un suspiro tan tierno, ni una lágrima tan dulce.



LA VUELTA DEL PROSCRIPTO.

«Bosques frondosos ¿qué se ha hecho vuestro ramaje? (Asi es como la musa interpreta sus juveniles pensamientos). Valles, ¿qué se han hecho vuestros flores y vuestros aromas que tan deliciosas eran durante los abrasadores momentos del dia? ¿Por qué las aves, cuya armonía era encanto de vuestro follage han abandonado vuestro retiro! El viento silba tristemente entre la yerba amarillenta, y lleva á lo lejos las hojas secas.»

»Asi se pasa todo en este mundo! Asi florece y se marchita el hombre magestoso.
 »Llevadas en las alas rápidas y silenciosas del tiempo, la vejez y el invierno no tardarán tampoco en marchitar las flores y los frutos de nuestros años.
 »¡Pues bien! ¡Llorad vuestros destinos, vosotros cuyas groseras esperanzas rastrean en esa oscura morada! Pero el alma sublime que extiende sus miradas mas allá de la tumba, sonrie á las miserias hu-